

que ofrecía un inmejorable presupuesto para una renovación de la eclesiología, más allá de su estrechamiento jurídico y societario. Ecos de esta visión de fondo registra uno de los trabajos históricos: «Cuarenta años de la Constitución sobre la liturgia. Retrospectiva y prospectiva» (Parte E VII, 511-523).

El esquema sobre la liturgia fue el primer documento que entró en el aula para ser debatido y fue el primer documento en recibir solemne aprobación. Con razón, se ha dicho que la constitución *Sacrosanctum Concilium* es el *incipit* cronológico y teológico del Vaticano II y ello le confiere un lugar específico en la obra de renovación eclesial acometida por el Concilio. Ratzinger ha vuelto a insistir en ello más tarde haciendo una valoración de conjunto de la obra doctrinal del Vaticano II: el primer texto aprobado por el Vaticano II fue la constitución sobre la liturgia; su tratamiento al principio de todos los otros trabajos obedeció a motivos pragmáticos, pero retrospectivamente obtiene un sentido mucho más profundo en la arquitectura del Concilio: «lo primero es la adoración».

«La Iglesia subsiste en la liturgia y como liturgia». Así suena el título de una homilía de Ratzinger no recogida en este volumen, pero que sintetiza bien su pensamiento. Una buena parte de las páginas de este libro están dedicadas a la eucaristía, «fuente y cumbre de la vida cristiana» (Parte C, 169-371). Sobre esta clave de comprensión sacramental y comunitaria de la liturgia se levanta acta de la dimensión misionera: «La sagrada liturgia no agota toda la acción de la Iglesia, pues antes de que los hombres puedan acceder a la liturgia es necesario que sean llamados a la fe y a la conversión: ¿Cómo invocarán a Aquel en quien no han creído?, o ¿cómo creerán en Él sin haber oído de Él?, y ¿cómo oirán si nadie les predica?, y ¿cómo predicarán si no son enviados? (Rom 10, 14-15)» (SC 9). Al hilo de los interrogantes del Apóstol de los gentiles el documento conciliar recuerda la tarea de anunciar el mensaje de la salvación a los no creyentes y la tarea de predicar a los hijos de la Iglesia la fe y la penitencia, como preparación para la vida sacramental y para el apostolado en el mundo. Resultan, en este sentido, muy elocuentes las reflexiones de Benedicto XVI sobre la conexión eucaristía y misión, comunión y solidaridad. En el fondo, hablar de misión no equivale a pensar sólo en crecimiento exterior y numérico, sino que significa también el crecimiento interno del cuerpo de Cristo, que es un organismo vivo, y de cuya vitalidad interna, alimentada por la fe y los sacramentos, depende el vigor de su expresión en el testimonio apostólico y en el anuncio del Evangelio. Estos postulados básicos inspiran la teología de la liturgia de este volumen que presentamos. El lector encontrará también muchos apartados complementarios, de sermones y homilías circunstanciales, recensiones de otros libros, que recogen los debates suscitados por las mismas posturas del Papa emérito.—SANTIAGO MADRIGAL.

CORDOVILLA, ÁNGEL, *El misterio de Dios trinitario: Dios-con-nosotros* (Sapientia Fidei 36, BAC, Madrid 2012), XXVI + 530p., ISBN: 978-84-220-1597-0.

Con el presente volumen, la colección *Sapientia fidei*, patrocinada por la Conferencia Episcopal Española, destinada a la docencia de la teología en facultades, cen-

tros de estudio y seminarios, rellena una laguna que se venía haciendo sentir desde hace tiempo. El presente volumen de Ángel Cordovilla, director del Departamento de Teología dogmática y fundamental de la Universidad Pontificia Comillas, y profesor de esta materia en Comillas, se suma con dignidad a otras monografías y manuales sobre el Dios trinitario de largo recorrido en nuestro panorama bibliográfico, como son los de L. Ladaria, uno de los maestros de Cordovilla, junto a O. González de Cardedal y J. M. Rovira Beloso.

Desde el comienzo el autor es bien consciente de que ofrece un manual y se mantiene fiel al género literario. Tras el índice general (XI-XVI), la presentación inicial (XVII-XIX) proporciona la intuición principal de este tratado: si Dios ha querido ser «el Dios con nosotros», es necesario pensarlo como tal. El manual trata de dar razón de cómo es esto posible, a la vez que explora las consecuencias que se siguen para la comprensión de Dios y del hombre. Así pues, estamos ante un tratado de Dios fundido con un marchamo histórico, antropológico, soteriológico y, por eso mismo, trinitario y teológico. Los elementos introductorios se cierran con una bibliografía general (XXI-XXIII), pedagógicamente agrupada en: introducciones, manuales y tratados, ensayos y textos clave de la teología trinitaria; y la lista de siglas (XXV).

En el capítulo primero (3-42) se abordan tres cuestiones fundamentales, de carácter previo e introductorio. Primero, si Dios puede ser pensado, lo cual da pie a ofrecer una síntesis de la historia del tratado de Dios, su sentido y orientación. Segundo, sobre el significado teológico del término misterio, que apunta al exceso, la desmesura y singularidad de Dios, cuya revelación de sí mismo no anula, sino que paradójicamente potencia. Tercero, la correlación entre la Trinidad económica y la inmanente, asumiendo los elementos fundamentales del axioma de Rahner.

La primera parte versa sobre el acceso del hombre al misterio de Dios. Le dedica un único capítulo, el segundo (47-88). Aquí se detiene a considerar la experiencia de Dios y su posibilidad en clave trinitaria (59): transcendencia (Padre), historia (Hijo), inmanencia (Espíritu). Luego aborda el conocimiento natural de Dios, pensado desde el hecho de la revelación. Aprovecha para situar teológicamente el ateísmo, como fenómeno secundario. En tercer lugar entra en la cuestión del lenguaje, de la analogía, repasando los hitos fundamentales en la historia de la misma. En continuidad con el capítulo precedente, va elaborando los mimbres de un utillaje conceptual que abra el camino a la recepción de los contenidos dogmáticos del misterio del Dios trinitario, si bien dichos contenidos ya están operativos desde el comienzo. Se traban bien las consideraciones filosóficas y teológicas, sin perder nunca la perspectiva de que el abordaje se realiza desde el suelo teológico.

La segunda parte está dedicada al testimonio bíblico y es, junto con la tercera, la más extensa. Consta de cuatro capítulos, cuya estructuración refleja una serie de opciones: vida de Jesús, misterio pascual, fórmulas triádicas y AT. Esto indica que se otorga un predominio a la revelación de Dios a través de la vida de Jesús (cap.3 y 4), que producirá una primera teologización en las fórmulas e himnos (cap.5). Desde ahí se contempla el AT (cap.6).

El capítulo tercero (93-146) se ocupa de cuestiones centrales de la vida de Jesús: el *Abbà* y la revelación que hace Jesús de Dios como Padre; Jesús como Hijo de Dios, y Jesús y el Espíritu. Destaco la importancia de este último elemento, donde se realiza una incursión significativa en la cristología pneumatológica: Jesús bajo el Espíri-

tu en la encarnación, el bautismo y durante su misión; y la pneumatología cristológica: Cristo dona el Espíritu en su muerte, resurrección y la misión de la Iglesia. Así, las tres personas trinitarias aparecen íntimamente asociadas a la comprensión de Jesús, el Hijo en la fuerza del Espíritu, de su persona y su ministerio.

El capítulo cuarto (147-203), de factura lograda, se adentra en el misterio pascual como misterio trinitario. Se contempla la muerte de Jesús en la cruz como revelación del misterio de Dios, se aborda la muerte en cruz como acontecimiento trinitario en el que de modo diferenciado participan las tres personas divinas, tocando de modo acertado la polémica en torno al sufrimiento divino, y se cierra con la resurrección y el envío del Espíritu, complementando así las relaciones entre Cristo y el Espíritu ya apuntadas.

La vida de Jesús y su significado completo, incluyendo la resurrección y el don del Espíritu, se comenzó a releer pronto en la comunidad cristiana, desde el trasfondo judío inicial del que participaban los primeros cristianos. Los himnos y las confesiones de fe (cap.5: 205-230), constituyen un material precioso para la teología en general, y para la cristología y la teología trinitaria en particular. La existencia cristiana se vive ahora marcada por la relación particular con el Padre, el Hijo y el Espíritu. Dicha relación se formula en la liturgia, con himnos, donde se expresa de modo condensado la fe que se vive. Se comienza a articular la actuación económica del Hijo, en correlación con el Padre, desde la creación hasta la recapitulación final, en densos textos como Jn 1,1-18; Filp 2,6-11; Col 1,12-20; Ef 1,3-14. Aquí se encuentra ya la base sustancial que la teología trinitaria habrá de pensar, pues se formula una fe binitaria y trinitaria (esp. 2Cor 13,13; Mt 28,19).

Desde la comprensión trinitaria de Dios, se estudian los elementos fundamentales de una teología bíblica del AT (cap.6: 231-275). Se pasa revista a la relación entre los dos testamentos, desde el esquema general del cumplimiento en el que hay continuidad, discontinuidad y progreso. Se estudia la revelación del nombre de Dios, con particular detenimiento en el tetragrama manifestado a Moisés en la teofanía de la zarza. Se repasa la relación del Dios del AT con la historia, a través de las categorías centrales de creación, alianza, ídolos, éxodo, exilio, promesa y cumplimiento. Finalmente, analiza la conexión entre monoteísmo y trinidad. El juego de inmanencia y trascendencia, ya presente en la historia de Israel, está apuntado hacia la misma Trinidad, donde tal fenomenología adquiere su plena consistencia y su garantía. Las sustentaciones de la Palabra y la Sabiduría en el AT ya señalaban en esta dirección.

Después del recorrido bíblico, la tercera parte está dedicada a la historia del tratado. Consta de cinco capítulos. El séptimo (277-312) presenta la teología de los preciosos siglos II y III, bajo la rúbrica «de la economía de la salvación a la teología». De un modo accesible a quienes se inician en el estudio de la teología, repasa los hitos de la teología del Logos, fundamentalmente de Justino; la visión de la historia de la salvación de Ireneo, frente a los gnósticos; la primera elaboración especulativa de teología trinitaria de la mano de Tertuliano; y las aportaciones principales de Orígenes, de quien destaca la conceptualización de la eternidad de la generación del Hijo. Tras los eclesiásticos, en el capítulo octavo (313-324), deja paso a las principales herejías trinitarias del momento: monarquianismo, subordinacionismo y triteísmo. Al hilo de estas herejías, dialogando con ellas, formula lo que es la tesis central del libro: «O ¿es posible una relación de Dios auténtica y verdadera con la realidad creada, que inclu-

ya la posibilidad de la encarnación, y que ella signifique la divinización y plenificación de esa realidad, sin que ambos, Dios y el mundo, pierdan y desaparezcan en su propia identidad?» (324).

Con el capítulo noveno (325-356) nos adentramos en la problemática arriana y Arrio, Nicea y su primera recepción. Aquí, como en el resto de la parte histórica, además de situar a los autores en su época y presentar las cuestiones, se realiza un verdadero diálogo teológico, pensando lo que supone el arrianismo como reto permanente para la teología trinitaria y para la cuestión de Dios. Siguiendo con la historia, se expone en el capítulo décimo (357-381) lo que significan los capadocios, especialmente Basilio, y el concilio I de Constantinopla particularmente para la elucidación de la teología del Espíritu, incluyendo un excursus sensato y meditado sobre el *filioque* (375-380). Esta parte se termina recogiendo, en el capítulo undécimo (383-396), las aportaciones fundamentales de otros concilios: Constantinopla II, los concilios de Toledo, particularmente el XI (año 675), el Lateranense IV, Lyon II, Ferrara-Florenia, así como el Vaticano I y el II. Llama la atención que a lo largo de este tratamiento no haya aflorado el deslizamiento hacia la consideración de las obras *ad extra* como comunes y que esta cuestión no se trate de un modo monográfico en ningún momento.

Pertrechados con la sabiduría bíblica e histórica, nos adentramos en la cuarta y última parte, que a su vez consta de tres capítulos. El capítulo doce (401-443) está dedicado a recoger los hitos fundamentales del desarrollo de la teología trinitaria. De alguna manera, supone un complemento de la parte de histórica, si bien elaborado con una factura más sistemática. El autor ha optado por situar aquí algunos autores clave de la teología trinitaria. Se abordan cuatro intentos de pensar la trinidad, desde cuatro claves diversas. La primera, el espíritu humano. Aquí se presentan las líneas maestras de Agustín, Tomás de Aquino y Buenaventura. La segunda, el amor, que permite introducir a Ricardo de San Víctor. La tercera, el lenguaje, donde entramos en contacto con Abelardo. Por último, la historia, con Joaquín de Fiore, J. Moltmann y la teología de la liberación. A pesar de los juicios equilibrados sobre los pros y contras de cada opción, el autor parece simpatizar más con esta última, si bien no se identifica con los autores concretos que ha escogido como representantes de esta postura. Se trata de un capítulo de especial densidad para el lector novel, en el que a un grado elevado de abstracción se le une una diversidad notable de épocas. Evidentemente un manual no puede prolongarse indefinidamente, pero me pregunto si no habría sido mejor insertar estos autores al hilo de la historia, tal y como se hizo con los anteriores, especialmente dado el peso enorme de algunos de ellos en la tradición latina, como Agustín y Tomás de Aquino.

Los dos últimos capítulos son complementarios y en ellos se plasma propiamente la propuesta teológica de nuestro autor, al hilo de una apropiación personal de las categorías teológicas fundamentales de la teología trinitaria. Así, el capítulo trece (445-480) aborda lo que significan y dicen las misiones, procesiones y relaciones trinitarias, para luego pasar a las personas. Ofrece una definición propia de persona: *serse dándose* (478), que incluye la individualidad y la relación, los dos aspectos básicos constitutivos de las personas divinas. El resultado fundamental de la asimilación y actualización de estas categorías lleva a nuestro autor a formular que nuestro Dios es *relación* (esp. 450-453), muy en consonancia con la línea central de su discurso. Un Dios que es amor ha de ser un Dios relación, que por lo tanto puede ser un Dios para nosotros: «él puede asumir la

historia sin dejar de ser Dios e integrarla dentro de sí sin vaciarla de su contenido y propiedad, llevándola a su plenitud» (445).

El último capítulo aborda el modo de conjugar la unidad con la trinidad (481-520). Se presenta una comprensión sintética de cada una de las tres personas, recogiendo muchos aspectos diseminados a lo largo de la obra. Lo que caracteriza al Padre es la donación y la fontanalidad; al Hijo ser existencia en recepción; y al Espíritu la comunión y la comunicación. Al hilo de la presentación de las personas, vuelve a aparecer, con una nueva formulación, la idea central de este tratado, que se expresa de muchos modos: «Porque desde la encarnación del Hijo de Dios, los cristianos tenemos que mirar a Cristo para saber quién es Dios y quién es el hombre. Dios ya será siempre el Dios Emmanuel, el Dios con nosotros, el *Deus pro nobis*, aquel que no se vergüenza de ser llamado *su* Dios; y el hombre es aquel que para vivir en ultimidad su vocación tendrá que cumplirse y realizarse en el misterio de Dios, como hombre *para* Dios» (495). El último gran epígrafe se dedica a la clave final y última de todo el misterio trinitario: el amor. El amor es el quicio que articula últimamente la trinidad y la unidad, el ser propio de Dios y su apertura a la creación, la historia, la encarnación y la salvación. Como broche final, el epílogo (521) nos invita a vivir como hombres de Dios, pasando de la teología a la vida. Un índice de autores (523-530) completa el volumen.

Nos hemos de felicitar por el presente volumen y por la valentía de su autor, uno de los teólogos españoles más fecundos y potentes de su generación. Se ha de destacar la medida en el juicio de los autores, la actualidad y diversidad de la bibliografía manejada, el dominio de un espacio tan amplio y central de la historia de la teología, repleto de cuestiones tan arduas. Cordovilla nos ofrece un volumen apto para la enseñanza, si bien el principiante necesitará una mano amiga, que le ayude a superar algunos escollos conceptuales, típicos, por otra parte, del tratado que nos ocupa. La intención pedagógica recorre todo el volumen: se sitúa a los autores y las cuestiones, en las introducciones se clarifica lo que se hará, al final de cada capítulo se ofrece una síntesis densa de los principales resultados teológicos adquiridos. Cada opción de cierto relieve se justifica y argumenta, reconociendo otras alternativas posibles. En conjunto, el autor nos ha ofrecido un manual de teología trinitaria bien documentado en las partes bíblica e histórica, recogiendo de modo articulado lo más granado de la discusión actual, todo ello girando en torno a una intuición central precisa y bien propuesta, por supuesto; pero también una gramática teológica de conjunto, para iniciarse en la historia de la teología, la teología fundamental, la teología bíblica del AT y del NT, con interesantes apuntes de cristología, antropología, eclesiología y soteriología. Esperamos que con el paso del tiempo y una prosa algo más diáfana, el autor pueda seguir enriqueciendo el panorama teológico español en estas disciplinas y otras afines.—GABINO URIBARRI, S.J.

CORDOVILLA, ÁNGEL, *Crisis de Dios y crisis de fe. Volver a lo esencial* (Sal Terrae, Santander 2012), 184p., ISBN: 978-84-293-2012-1.

Octavio Paz, en su ensayo *La doble llama* (Barcelona 1993), afirmaba que: «El amor es intensidad y por esto es una distensión del tiempo: estira los minutos y los alarga como siglos. El tiempo, que es medida isócrona, se vuelve discontinuo e inconmen-